

1.

Como en casa el dinero andaba a caballo y nosotros a pie, cuando a la Oficina llegaba una película que a mi padre —sólo por el nombre del actor o de la actriz principal— le parecía buena, se juntaban las monedas una a una, lo justo para un boleto, y me mandaban a mí a verla.

Después, al llegar del cine, tenía que contársela a la familia reunida en pleno en la pieza del living.

2.

Era lindo, después de ver la película, encontrar a mi padre y a mis hermanos esperándome ansiosos en casa, sentados en hilera como en el cine, recién peinaditos y cambiados de ropa.

Mi padre, con una manta boliviana sobre sus piernas, ocupaba el único sillón que teníamos, y ésa era la platea. En el piso, a un costado del sillón, relumbraba su botella de vino rojo y el único vaso que quedaba en casa. La galería era esa banca larga, de madera bruta, en donde mis hermanos se acomodaban ordenadamente, de menor a mayor. Después, cuando algunos de sus amigos comenzaron a asomarse por la ventana, eso se convirtió en el balcón.

Yo llegaba del cine, me tomaba una taza de té rapidito (que ya me tenían preparada) y comenzaba mi función. De pie ante ellos, de espalda a la pared pintada a la cal, blanca como la pantalla del cine, me ponía a contarles la película «de pe a pa», como decía mi padre, tratando de no olvidar ningún detalle, ni del argumento, ni de los diálogos, ni de los personajes.

Por cierto, aquí debo aclarar que no me mandaban a mí al cine por ser la única mujer

de la familia y ellos —mi padre y mis hermanos— unos caballeros con las damas. No, señor. Me mandaban porque yo era mejor que todos ellos contando películas. Como se oye: la mejor contadora de películas de la familia. Luego, pasé a ser la mejor de la corrida y al poco tiempo la mejor del campamento. Que yo supiera, no había nadie en la Oficina que me ganara contando películas. De cualquier tipo: de cowboys, de terror, de guerra, de marcianos, de amor. Y, por supuesto, mexicanas, que a mi papá, como buen sureño, eran las que más le gustaban.

Y fue justamente con una mexicana, de esas bien cantadas y lloradas, que me gané el título. Porque el título hubo que ganárselo.

¿O creen que fui elegida por mi talle?

3.

En la familia éramos cinco hermanos. Cuatro hombres y yo. Los cinco hacíamos una escala real perfecta, en tamaño y edades. Yo era la menor. ¿Se imaginan lo que significa crecer en una casa con puros hermanos varones? Nunca jugué a las muñecas. En cambio, era campeona para las bolitas y el juego de palitroques. Y a matar lagartijas en las calicheras no me ganaba nadie. Donde ponía el ojo, paf, lagartija muerta.

Andaba a pata pelada todo el santo día, fumaba a escondidas, llevaba una gorra de visera y hasta había aprendido a mear parada.

Se *mea* parada, se *orina* acuclillada.

Y lo hacía en cualquier parte de la pampa, tal como mis hermanos. Incluso en las competencias de quién llegaba más lejos a veces les ganaba por más de una cuarta. Y en contra del viento.

Cuando cumplí los siete años entré a la escuela. Aparte del sacrificio de tener que usar polleras, me costó un kilo acostumbrarme a orinar como las señoritas.

Me costó más que aprender a leer.